

mayor sublimidad, perfección, plenitud y acabamiento de lo hecho y enseñado por Jesús. Habrá sin duda detalles y matices en que se pueda disentir, pero el juicio básico no cambiará. Acerca de la apreciación de la muerte de Sócrates sí quiero hacer el reparo siguiente: tengo la impresión de que se ha desvanecido bastante el dramatismo y la tensión que en algunos hechos y ciertas palabras se dejan traslucir, así como el sentido interno de la injusticia radical cometida contra Sócrates, cosa ésta de la que él siempre tuvo conciencia y la que sobrellevó "estoica" y ejemplarmente —o es quizá que el extremo indecible de los horrores y afrentas cometidas contra Jesús producen aquella perspectiva.

Lo dicho sobre este libro de nuestro filósofo Antonio Gómez Robledo, ahora dedicado con tanto fruto al pensamiento griego —prueba son sus cursos recientes en El Colegio Nacional—, es sólo una reseña somera de los valores que encierra en forma y fondo. Y no considero en manera alguna desacierto el que haya compuesto una obra concretamente objetiva, proporcionalmente filológica, histórica y filosófica, dirigida más al corazón y a la voluntad de espíritus deseosos de saber, pues otro tipo de obras, más para el especialista, abundan en lenguas accesibles a éste, siendo en español muy escasa una literatura semejante.

BERNABÉ NAVARRO B.

Aristoteles. Darstellung und Interpretation seines Denkens, por Inge-
mar Düring. Heidelberg, Carl Win-
ter Universitätsverlag, 1966.

Sobre muy pocos filósofos, quizá sobre ninguno, se han presentado a través de la historia los graves problemas de fondo y de forma que han surgido en torno a Aristóteles. En general se dice y admite que los grandes pensadores contie-

nen elementos o semillas para tendencias y doctrinas encontradas, opuestas —por ejemplo, sobre todo un Kant, un Descartes, un Leibniz, un Hegel, etc.— (quizá la gran excepción sería Platón); pero el caso de Aristóteles reviste caracteres singularísimos. Es posible que la clave de todo el problema esté en las circunstancias formales o externas. Si dejamos aparte a los presocráticos —cuya dificultad principal es la fragmentariedad y la insuficiencia de puntos de partida—, no existe legado de un filósofo o pensador, cuyo conocimiento e interpretación haya producido, especialmente en nuestro tiempo, tantos dolores de cabeza a filósofos y filólogos. Todo estudiante ha oído lo que se narra sobre los sucesos y peripecias, en general más bien fantásticos, verificados en la trasmisión de los escritos aristotélicos. Y también cualquier estudioso sabe acerca de la estructura o composición de las llamadas "obras" de Aristóteles: los diversos estratos o capas, las diferentes épocas, los distintos enfoques o intereses, las varias influencias, los diversos estilos y redacciones, etc. Pasando al problema del fondo, son bien conocidas las divergentes interpretaciones no sólo sobre puntos fundamentales de su doctrina, sino sobre el sentido y orientación mismos de su pensamiento. Pero, además, aquello que aparece normalmente considerando las doctrinas por decirlo así en forma estática, sobresale de manera notable atendiendo al carácter evolutivo de toda acción y de todo producto en el tiempo: de aquí el gran tema de la evolución en el pensamiento aristotélico, puesto en el tapete de la discusión sobre todo por Jaeger al principio del siglo. La procedencia, asimismo, plantea dificultades especiales: en efecto, precisar completamente las relaciones de Aristóteles con Platón parece ser una tarea infinita, pues las obras no ofrecen datos profundos suficientes y la genialidad diversa de ambos obstaculiza la claridad —el problema paralelo entre Pla-

tón y Sócrates (como entre los grandes maestros y discípulos) resulta mucho menos difícil, no sólo por las pocas doctrinas reconocidas en forma unánime como socráticas, sino sobre todo por la manifiesta continuidad entre ambos.

Sin embargo, es necesario reconocer que el "Problema aristotélico" es reciente. En la Edad Media el Filósofo gozó, de manera intocable, del juicio universal sobre la perfección y absolutez de su sistema. Pero el espíritu crítico de la época moderna empezó también a despertar aquí a las mentes del sueño dogmático. Y la filología científica, rigurosa y metódica, a partir del siglo anterior, ha llegado a conclusiones insospechadas iluminando aspectos recónditos mediante la perfección de los instrumentos y la agudeza de los observadores. Otra razón fundamental para el avance en la comprensión de la filosofía aristotélica es el rechazo por principio de la concepción estereotipada escolástica (no de los grandes escolásticos, como Tomás de Aquino, Suárez, etc.), que esquematizó y simplificó, redujo y arregló, proyectó idealmente y "perfeccionó", el pensamiento espontáneo y vivo del "maestro de los que saben".

Si hacemos a un lado los primeros planteamientos, sobre todo de un Bonitz, en el siglo XIX, el "problema" de Aristóteles se planteó especialmente en nuestros tiempos con fuerza extraordinaria debido a los originales y valiosísimos trabajos de W. Jaeger. Puede decirse sin faltar a la verdad que después de él las baterías de la filología filosófica casi en su totalidad fueron enfocadas al estudio de Aristóteles. Quizá la mayor parte de los autores no aceptaron ni los puntos de vista ni los resultados del filólogo alemán: pero lo más importante es que todos prosiguieron la tarea de depurar, precisar, distinguir, descifrar, definir y concretar el pensamiento y la obra de Aristóteles. La visión de Jaeger ha sido rechazada o rectificada en muchos puntos —por algunos filólogos aun radicalmente—, pero nadie

puede pasarlo por alto y todos han aprendido mucho de él; Ross, por ejemplo, el editor y comentador más notable en nuestro siglo de la *Metafísica*, de los *Primeros y Segundos Analíticos*, de la *Física*, de los *Parva Naturalia*, dice en el Prefacio a la edición de la primera: "Con respecto a la estructura de la *Metafísica* he aprendido mucho de las brillantes obras del profesor Jaeger" (p. VI).

A pesar de todas las limitaciones, de todos los puntos de vista adoptados sumaria o provisional, apriorista o precipitadamente, el *Aristóteles* de Jaeger significó sin lugar a dudas un cambio radical en la concepción del Filósofo. Y los grandes aristotélicos de las últimas décadas han contribuido a la transformación del cuadro, de manera que puede perfectamente decirse que de todos los trabajos, que son incontables, va surgiendo nítida *una nueva imagen de Aristóteles*. Sin embargo, es posible que en el afán crítico se llegue a extremos absurdos, a los que la inmensa mayoría niega seriedad, como el de Zürcher, que pretendió negar al Filósofo no ya la autoría formal concreta de las obras fundamentales sino la paternidad intelectual e ideológica. Positiva y muy valiosamente han aportado luces sobre temas generales o problemas particulares: Aubenque, Bignone, Cherniss, Dirlmeter, V. Fritz, Gigon, Gohlke, Krämer, Mansion, Moraux, Owen, Owens, Robin, Ross, Solmsen, Theiler, Wieland, Wilpert, etcétera.

A estos autores se ha venido a sumar muy recientemente Ingemar Düring con la monumental obra (670 pp. en gran formato) que aquí se reseña, publicada con todo derecho y honor en la *Bibliothek der Klassischen Altertumswissenschaften* (Neue Folge. 1. Reihe). El profesor Düring es ya ampliamente conocido para los lectores de lengua inglesa por diversos trabajos publicados sobre Aristóteles. Esos escritos y sobre todo esta su obra capital lo presentan como alguien que ha dedicado su vida entera

al estudio del Filósofo. Bien se puede decir que su *Aristóteles*, tanto por apoyarse en o partir de la más conspicua bibliografía al respecto, como por la aplicación total de su talento y esfuerzo a profundizar las fuentes originarias, es como una coronación, una culminación de todos los trabajos anteriores. En cierto modo era preciso ofrecer ya una visión panorámica tanto de los logros de sus antecesores en esa tarea, como en especial de los suyos propios, cristalizando así aquella nueva imagen.

La obra que presentamos es singular y única por varias razones. Si en la literatura sobre Aristóteles, por ejemplo, se detiene la atención en las obras generales o de conjunto —algunas de ellas, monografías independientes, otras, partes de grandes tratados históricos—, fácilmente puede advertirse que ninguna se asemeja por diversos capítulos a la monumental obra del eminente filólogo y helenista sueco, profesor e investigador en la Universidad de Gotenburgo. Pueden recorrerse los libros de Allan, Berti, Brentano, Bröcker, Gomperz, Jaeger, Mansion, Moreau, Praechter, Robin, Ross, Zeller —entre los principales—, y no se encontrará en realidad ninguna exposición e interpretación tan completas, minuciosas y profundas como la del *Aristóteles* de I. Düring. Es indudable que no sólo algunas de las obras mencionadas sino muchas otras sobre temas particulares han penetrado más profundamente en determinados puntos o aspectos; pero ninguna ha tenido para ello, explícitamente, el punto de apoyo directo, no ya de los conocimientos, manejo y familiaridad de los escritos todos de Aristóteles —cosa que la mayoría puede reclamar para sí—, sino de la *exposición e interpretación expresas* de la totalidad de la obra aristotélica. Con esto quiero decir que las exigencias impuestas por una tarea semejante determinan por necesidad un relacionamiento más estrecho y una mayor búsqueda de coherencia, ya que el propósito es, por decirlo así, atar o

tratar de atar todos los cabos. Y para ello el horizonte debe ser más amplio, la base más profunda. El exponer e interpretar el todo y cada una de las partes *abierta y manifiestamente* no permite, por decirlo así, dejar ningún aspecto en la penumbra o al margen. Otro problema sería juzgar si en realidad están presentes todos los aspectos fundamentales: mas para ver que esto es así, basta echar una ojeada al índice de la obra.

Quizá piensen algunos que no pueden ni deben hacerse comparaciones, porque se trata simplemente de obras diversas, de otro tiempo, con distintas bases, con diferentes medios, con otros propósitos, etcétera.

En primer lugar debe decirse que no se trata de un juicio directo de calidad, es decir, si es mejor o peor, si es más o menos importante, si es más o menos completa, etc. En segundo lugar, el cotejo es algo necesario, ineludible, dentro del desarrollo de la investigación. En cualquier campo de la cultura toda obra seria de estudio debe confrontarse con las anteriores, a fin de reconocer su aportación y distinguirla de la de aquellas, pues es principio insoslayable de la auténtica investigación *no repetir trabajo* alguno. En el caso presente, el paralelo con las diversas obras de tipo semejante sobre Aristóteles da como resultado el que en toda la literatura al respecto no existe ninguna que ostente sus características fundamentales. En otras palabras, es una obra que vino a ocupar un sitio especial, un lugar reservado, al que ninguna de las anteriores podría aspirar. Su propósito, sus puntos de partida, sus enfoques, sus bases, su método, su objetividad, su científicidad, su alcance y amplitud, etc., son distintos a las de cualquiera otra obra. Las coincidencias que pudieran señalarse sobre algún punto en los aspectos formales, no existirían en los materiales, y viceversa, de modo que no habría una igualdad concreta ni específica. Quien conozca las exposiciones más bien mo-

dernas de Allan, Ross, Moreau, Bröcker, o las ya pasadas de Brentano, Gomperz, Praechter, Zeller, y tenga a la vista la de Düring, apreciará la justeza de mis aseveraciones.

¿Cuál es el propósito específico de la obra? Sintéticamente nos lo dice el autor en las primeras palabras del prólogo: "Este libro es un intento de dar una imagen completa de Aristóteles como pensador de problemas, como científico y como filósofo" (p. vii). En efecto, el libro no es una exposición y juicio sólo de la filosofía aristotélica, sino de todas sus manifestaciones intelectuales y de todas sus obras. Junto a su pensamiento filosófico en sus diversas disciplinas, se estudian su física empírica, su biología, su psicología, su crítica literaria, su retórica, su meteorología, su política, etc. No obstante, sin duda, el grueso de la obra se dedica a la filosofía, porque, naturalmente, Aristóteles es ante todo filósofo. Por eso añade el autor unas líneas abajo: "El interés principal del libro es exponer la obra entera de Aristóteles como un interminable forcejeo con los problemas contemporáneos y como filosofía viviente, jamás hecha rígida." Mas, para dar una idea exacta del conjunto, transcribiré los títulos sumarios de las Secciones: *Lenguaje, opinión y verdad; Oratoria, poesía y tragedia; Los primeros principios; La disputa en torno a la teoría de las ideas; Movimiento y cambio como fenómenos fundamentales de la naturaleza; Cosmología. La doctrina de los elementos; El Protréptico, un elogio a la vida del espíritu; La filosofía de la vida social humana; Investigación de la naturaleza y filosofía natural; El alma y los procesos psico-físicos; Existencia y verdad.*

Sobre el punto de partida de la exposición considero oportuno destacar lo siguiente: el movimiento no es desde los clichés compuestos por la tradición, a cuyo propósito se traigan a cuento los escritos aristotélicos, sino radicalmente a la inversa: en cada sección o

capítulo se presentan éstos primero externa o formalmente, para luego extraer su doctrina, relacionarla y enjuiciarla. Cosa muy importante también a este respecto es que los escritos son considerados objetivamente, hasta donde es posible, en su forma prístina, separados de unificaciones posteriores, desglosados de entre otras obras y depurados de elementos espurios. Todo ello ofrece una enorme seguridad sobre el conocimiento auténtico de lo que realmente escribió o pensó Aristóteles —aunque otros lo hayan redactado, arreglado o dispuesto. Porque el afán constante del autor es ofrecer una visión nueva, diversa y diáfana del pensamiento y de lo pensado por Aristóteles, independientemente de todo lo que la tradición y toda tradición haya elucubrado. En mi opinión, ésta es una de las dos características fundamentales de la obra.

La otra característica es el *extraordinario aparato filológico-científico* que sustenta la exposición e interpretación. Según dice en el prólogo, el libro está dispuesto en tres niveles: uno, el de letra normal, que ofrece "un texto para el lector que desearía enterarse de lo que dice Aristóteles, de cómo piensa y cómo argumenta en favor de sus opiniones; en los párrafos de letra pequeña se ofrece un texto para aquellos lectores que se interesan por el carácter especial de cada uno de los escritos y por su posición dentro de la obra total de Aristóteles; en las notas de pie de página, por fin, se da el material para aquellos lectores que quieran andar juntamente el camino hacia el orco de la investigación de Aristóteles" (p. vii). En el primer nivel es digna de notar la claridad de exposición y la entrega sustanciosa de los resultados principales, siguiendo muy de cerca el análisis directo de las obras. En el segundo nivel se penetra en disquisiciones más sutiles de fondo y forma, es decir, referentes por una parte a los escritos aristotélicos mismos, y por otra a ciertos aspectos de las doctrinas enseñadas en

ellos y a sus antecedentes históricos. Constituyen el tercer nivel de manera casi única los pasajes textuales decisivos, en general breves, que son los reductos últimos de la demostración, citados siempre en lengua griega, y que van de ordinario acompañados por observaciones críticas y polémicas. En general, y con las salvedades necesarias, podría caracterizarse cada uno de los niveles así: el primero es filosófico-temático, discursivo y expositivo; el segundo es básicamente histórico-filológico; el tercero es sustentatorio y comprobatorio, crítico-polémico.

Complemento último de ese aparato científico son: una "pequeña" bibliografía de Aristóteles, en donde se indican primero todas las ediciones totales o parciales de las obras del Filósofo y luego vienen más de 300 títulos de escritos sobre él; un índice de pasajes; un índice de autores; un registro de términos griegos; y un registro de temas.

Si nos volvemos ahora a la temática filosófica, advertiremos fácilmente que el autor no sigue en su exposición ni el tradicional esquema escolástico ni ciertas divisiones derivadas de aquél, sino que propone enfoques concretos tomados directamente del análisis mismo de los escritos. En esta obra no se exponen la *lógica*, la posible *gnoseología*, la *física*, la *metafísica*, la *ética*, etc., sino temas más específicos que fluyen del contenido inmediato de los desarrollos aristotélicos, tomando en cuenta sobre todo que no sólo los títulos o denominaciones medievales y modernas sino también los epígrafes de la época helénica, no proceden casi en su totalidad de Aristóteles. Quizá alguien piense que se trata sólo de un cambio de nombre. Pero se convencerá de que no lo es, si sigue de cerca el tratamiento y advierte que con ello se le quita al pensar vivo del Filósofo una serie de proyecciones, limitaciones y estereotipias que lo habían deformado.

Respecto a los valores mismos de exposición, comentario, interpretación y crí-

tica de las doctrinas aristotélicas es imposible hacer referencias concretas en una breve reseña como ésta y considerando la amplitud de la obra. Pero, en síntesis, debe decirse que el autor conoce extraordinariamente la filosofía aristotélica en todos sus aspectos y discurre, a través de los innumerables problemas que ella plantea, con seguridad y lúcido criterio; a lo largo del libro se hacen manifiestos su gran talento y su larga y amplia preparación en el campo de las investigaciones sobre Aristóteles. Si respecto de uno o varios puntos de la interpretación de las doctrinas dada por el profesor Düring difieren los filósofos o los filólogos, puedo afirmar por mi conocimiento de la obra (estoy realizando la traducción que en breve publicará el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM) que nunca se podrá atribuir a desconocimiento o impreparación, sino a diversidad de criterios o puntos de partida, o, cuando más, a una cierta falta de disquisiciones y meditaciones filosóficas personales, que desde luego serían más bien propias de un filósofo que de un filólogo.

Mucho, muchísimo más debería decirse de una obra tan vasta y magnífica como la presente, lo cual no cabe, sin embargo, en una breve nota. Pero estén absolutamente seguros el filósofo, el filólogo, el estudioso, el científico o el erudito, que la lectura de esta obra del profesor Düring satisfará plenamente sus exigencias de conocer, profundizar y comprender el pensamiento entero del Estagirita.

BERNABÉ NAVARRO B.

La filosofía de Alfred North Whitehead, por Jorge Enjuto Bernal. Editorial Tecnos, Madrid, 1967.

Es indispensable iniciar esta reseña con una doble referencia: referencia al desti-